

VII

Antes todo era luz, una verdad tan intensa que nos cegaba, tan deslumbrante que gobernaba sobre un mundo en tinieblas. Entonces nació la imprenta.

—Gracias a la imprenta —nos decía emocionado el tipógrafo Filibertus—, nos asomamos a la sabiduría. Empezamos a ver matices en la luz y a distinguir cosas y colores en el mundo. Donde antes había ignorancia crédula, se abrieron paso la observación y el pensamiento, y donde imperaba un dogma incomprensible, brotaron la inquietud y el deseo de saber. Eran los hombres los que ahora buscaban el sentido y lo escribían, porque en cada texto late un propósito.

Cada día, al amanecer, Filibertus entraba en su taller y contemplaba la imprenta durante unos minutos preciosos. Contra una pared, el burro de madera aguardaba con los cajetines llenos de tipos de plomo; en la pared opuesta, la prensa con su magnífico tornillo vertical. Eran muebles con vida. Parecían hablarle, pidiéndole que compusiera palabras y líneas y páginas, que ajustara luego la caja de composición, bien entintada, bajo la

prensa, para que después el papel recibiera agradecido el texto en negro sobre blanco.

Había tanta belleza en un simpe tipo de plomo... En la letra *a* resonaba el eco de todas las gargantas que la habían pronunciado. La letra *z* evocaba la lengua de antiguos oradores. En los sencillos y humildes tipos de letra romana, de la *a* a la *z*, cabían todas las cosas. Cada palabra designaba un objeto o una idea y los alumbraba, cada frase señalaba un suceso del mundo o un pensamiento de la mente. En un libro, se agitaba el alma de quien lo escribió; el libro interpelaba al lector. Era una permanente conversación que invocaba lo pasado y lo orientaba hacia el futuro.

—La civilización, amigos míos, se inició con el fuego y la agricultura —nos decía Filibertus en la taberna a puerta cerrada—. El fuego nos dio calor en el invierno y luz en la noche, ahuyentó a las bestias y ablandó la carne, y nos permitió forjar los metales. La agricultura nos proporcionó alimentos y conjuró el hambre, regalándonos el pan, el aceite y el vino. Pensad en ello.

Nos explicaba que Hefesto era el dios griego de la forja y los artesanos, y Dionisio, el dios del vino. Hefesto era un dios cojo y laborioso, que no abandonaba sus herramientas, mientras que el barbudo Dionisio, con la cabeza tocada por hojas de vid, inspiraba las fiestas y desataba la alegría.

—Os invito a visitar mi taller y allí veréis escondidos a los viejos dioses: la forja que permite fundir los tipos móviles de plomo, y la prensa de vino, con la que presionamos el papel. El fuego y la agricultura de la civilización, trabajando juntos en la imprenta.

—A estos dioses —observó Celeste—, los latinos los llamaron Vulcano y Baco. El volcán y el vino.

—Así es, querida Celeste. Casi se diría que los dioses siguen entre nosotros, en esta isla, en esta taberna y en mi taller.

—Pero decidme, Filibertus —me atreví a objetar yo—, ¿no fue Prometeo el que entregó el fuego a los hombres?

—Tienes razón, Sempronio —me respondió sonriendo—. A veces parece que leemos en los mitos lo que queremos leer. Prometeo le robó el fuego a Hefesto para entregárselo a los hombres. El prometeo que nos entregó la imprenta a nosotros fue Johannes Gutenberg.

(continúa)